

I



Categoría: Pueblo sacerdotal

Dimensión: Bíblica

¿Por qué la multiplicación de los títulos para Jesús y la preeminencia entre ellos del título sacerdote; es decir, cómo llegó el Nuevo Testamento a formular el misterio de Cristo en términos sacerdotales?

CRISTO SACERDOTE
UN ITINERARIO DEL SACERDOCIO

CRISTO SACERDOTE

INTRODUCCIÓN

La intención del presente trabajo es exponer el itinerario sacerdotal a lo largo de la Palabra de Dios, hasta llegar a Cristo. Se pretende señalar las principales etapas del sacerdocio, para motivar a la ulterior reflexión sobre los diferentes temas que se desprenden del sacerdocio de Cristo.

Se puede considerar el sacerdocio como una "línea maestra" en la historia de la salvación. La Palabra de Dios es la guía que nos lleva de la mano al tratar este tema.

La línea maestra del sacerdocio no siempre aparece nítida, pero subyace en los grandes momentos de la historia. Cristo-Sacerdote es punto de referencia obligado en la Espiritualidad de la Cruz.

Cristo es el enviado de Dios, Cristo es el fundador de la Iglesia, Cristo es la Palabra (Verbum) de Dios, Cristo es el Profeta, es el Maestro, es el Ungido de Dios, es el Salvador de la humanidad, es el Sumo y Eterno Sacerdote. Cristo es el que se oculta en el Antiguo Testamento y aparece con luz meridiana en el Nuevo Testamento.

Los profetas anunciaron a Cristo en visión, sin comprender plenamente el alcance de sus vaticinios. Los jefes del pueblo de Israel, en la plenitud de los tiempos, lo vieron encarnado, viviendo entre nosotros, y no lo recibieron, ni lo anunciaron.

Llegar hasta el Cristo-Sacerdote del Nuevo Testamento, no es un itinerario fácil, hay aspectos diametralmente opuestos entre el sacerdocio del AT y el sacerdocio de Cristo. El mismo Cristo se presentó como Mesías, como Hijo de Dios y con acciones netamente sacerdotales, pero no lo reconocieron los ministros del templo. Todavía menos como el auténtico libertador por largos siglos esperado.

Los puntos de reflexión serán de carácter exclusivamente sacerdotal:

1. EL SACERDOCIO
2. EL SACERDOCIO EN EL A.T.
3. EL SACERDOCIO EN TIEMPO DE JESÚS
4. EL SACERDOCIO DE CRISTO
5. EL SACERDOCIO MINISTERIAL, SACERDOCIO COMÚN

1. EL SACERDOCIO

Desde que existe la creatura racional, ha existido, como una inclinación natural, el reconocimiento de un Ser Superior que ha dado la existencia y razón

de ser a todo lo creado.

Este reconocimiento ha sido expresado por el deseo de corresponder de alguna manera al don recibido. El Ser Supremo, el Creador, recibió entonces el homenaje de la creatura, que le ofreció de los mismos dones que él a su vez había recibido: los frutos de la tierra y los animales del campo.

El reconocimiento fue expresado también a través de palabras, que significan acción de gracias, peticiones y alabanzas al creador. Comenzaron también los sacrificios expiatorios por las faltas cometidas.

No parece desacertada la interpretación que ve desde el origen en la participación del oferente en el sacrificio, un signo de comunión con el Ser Supremo.

El sacerdote, ministro de culto

Cada situación de los seres humanos requiere de una persona que esté especialmente capacitada para desempeñar las acciones que se requieren según el caso. Para el gobierno de una comunidad humana se buscó y se designó un jefe con autoridad para tomar las decisiones pertinentes; se necesitó un organizador para administrar los bienes de la comunidad; un juez para dirimir las controversias y hacer justicia. Faltaba elegir a alguien que pudiera afrontar la situación más trascendente: la relación con el Ser Supremo.

El Creador de todas las cosas, incluidos los seres humanos, el Ser Supremo, el invisible, el dueño de todo, especialmente de aquellas fuerzas superiores a las capacidades humanas, entraban en la categoría del misterio. Algunas de esas fuerzas fueron divinizadas.

Para entrar en contacto con esa realidad misteriosa, era necesario destinar a un ser humano que tuviera el reconocimiento de la comunidad. Este individuo sería el intermediario entre Dios y los hombres.

No sabemos exactamente cuándo se dio a este ser humano el nombre de "sacerdote".

Conocemos sus obligaciones: él presentaría las ofrendas, expondría las necesidades de la comunidad y de los individuos e interpretaría la voluntad y deseos del Señor de todos.

Se comprende por qué el sacerdote, por las características de su cargo, particularmente por la cercanía con la divinidad, fue desde el principio considerado como un hombre especial; a las veces respetado y querido y a las veces temido, por el gran influjo que llegó a tener en los asuntos del gobierno político.

¿Cuánto duró esta etapa de la historia? ¿Qué modificaciones tuvo esta institución? ¿Cuánto tiempo fue antes del relato bíblico? ¿Qué relación tuvo con la historia de la salvación?

Estos y otros interrogantes parecidos, han tenido varias respuestas, o hipótesis, sin una solución definitiva. Ciertamente hay mención de sacerdotes en Egipto, en Mesopotamia, entre los caldeos y entre los pueblos cananeos.

2. SACERDOCIO EN EL A.T.

El sacerdocio comprende las personas que lo ejercen y sus funciones.

En los orígenes del sacerdocio la función principal está centrada en las ofrendas, especialmente el sacrificio de los animales.

La organización posterior del culto tuvo también una atención particular a los frutos de la tierra. En la fiesta de Las Semanas (Shabbuot: el Pentecostés cristiano) era la fiesta de los primeros frutos de la tierra: las primicias (los Bikkurim: eran siete frutos los que se presentaban: trigo, cebada, uvas, aceitunas, granadas, higos y dátiles).

En el Génesis encontramos la primera mención bíblica de esta costumbre: "Caín hizo a Yavé una oblación de los frutos de la tierra" (Gn 4,3).

También Abel, hermano menor de Caín, que era pastor, "hizo a Yavé una oblación de los primogénitos de su rebaño" (Gn 4,4). Con los primeros frutos de la tierra se ofrecía también el primer esquila del rebaño.

Posteriormente prevalecieron los sacrificios de animales, quizá por ser una ofrenda que manifiesta más la vida.

Después del diluvio, "Noé construyó un altar a Yavé, y tomando de todos los animales puros y de todas las aves puras, ofreció holocaustos en el altar" (Gn 8,20). El sacrificio fue agradable a Yavé, que prometió "nunca volver a maldecir la tierra por causa del hombre" (Gn 8,21)

En tiempo de los Patriarcas nos encontramos con los sacrificios de Abraham y de Jacob.

Después de la gran promesa de Yavé a Abraham, éste le ofreció un sacrificio expresamente con los animales pedidos por Dios, y "aquel día firmó Yavé una alianza con Abraham" (Gn 15,18).

Abraham tuvo dos hijos, uno de Agar, la esclava de Sara, y otro de su esposa Sara. Isaac, el hijo de Sara era el hijo de la promesa; fue también el "hijo de la prueba".

Para probar la fe del Patriarca, Yavé-Dios le pidió el sacrificio de su hijo Isaac. Conocemos la historia: Abraham hizo cargar a Isaac la leña para el sacrificio. Al llegar al monte Moria, lugar del sacrificio, "Abraham construyó el altar y dispuso la leña; luego ató a Isaac, su hijo, y le puso sobre el ara, encima de la leña" (Gn 22,10). Cuando el Patriarca levantó la mano con el cuchillo para el sacrificio, intervino el ángel de Dios. Abraham había ofrecido ya en su corazón a su hijo. Agradó a Dios la fe de su siervo.

Es interesante el relato por tener aquí la primera mención de un sacrificio humano; también por ser la primera figura del sacrificio de Cristo en el A.T.

Ligado a la historia del patriarca Abraham, tenemos la primera mención del sacerdote en el misterioso personaje: Melquisedec.

Los rasgos principales de Melquisedec, según el relato bíblico, son:

- _ no se conserva su genealogía. Se dice " sin padre ni madre " (Hb 7,3),
- _ era, al mismo tiempo: rey y sacerdote. Rey de Salem. En aquel tiempo ciudad real de los Jebuseos. Tampoco se conoce su procedencia como jefe del pueblo,
- _ en Salem ejercía su sacerdocio. Siguen los interrogantes: ¿por elección, consagración, un santuario en Salem?,

- _ no era sacerdote de un dios idolátrico, sino que daba culto al Dios Altísimo (El Elyon), al Dios Único (Único no está en Gn), "creador de cielo y tierra" (Gn 14,19),
- _ ofrece "pan y vino ": Única mención de sus funciones como sacerdote. No se menciona el santuario, el altar...
- _ su sacerdocio es sin límite de tiempo, sino que "permanece sacerdote para siempre" (Hb 7,3) porque recibió su investidura con un juramento de Yavé,
- _ termina el autor de Hebreos, haciéndolo figura de Cristo: Él es la realidad que posee eminentemente todas estas prerrogativas.

Se impone también recordar a Jacob

Jacob levantó altares y ofreció en ellos sacrificios. Regresando de Mesopotamia con sus mujeres y sus hijos, tuvo un encuentro fraterno con su hermano Esaú y para dar gracias "erigió un altar y lo llamó El, Dios de Israel" (Gn 33,20). Este fue el altar de Siquem.

Más notable es el altar que levantó en Betel, lugar donde se le había aparecido Dios cuando huía de su hermano. Son dos las circunstancias que hacen notable este altar: Primero: porque lo hace por mandato de Dios (Gn 35,1). Segundo: porque primero purifica a su gente, haciendo que retiren "los dioses extraños" (Gn 35,2). La exigencia constante de Yavé al pueblo que pronto se olvida del mandato de Yavé: "Escucha, Israel, Yavé es nuestro Dios, solo Yavé" (Dt 6,4).

En ninguno de estos dos pasajes se menciona qué clase de sacrificios fueron ofrecidos.

El Éxodo

El pueblo de Israel salió de Egipto llevado por la mano poderosa de su Dios.

Yavé se apareció a Moisés y lo hizo caudillo y profeta de su pueblo. Por medio de Moisés reveló su nombre: "Así dirás a los hijos de Israel: Yo Soy me ha enviado a vosotros...este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación" (Ex 3,14-15).

Deberían salir "camino de tres días al desierto, para ofrecer sacrificios" (Ex 3,18).

El desierto fue el lugar donde se organizó el culto a Yavé: el sacerdocio, el santuario (la tienda), y el ritual de los sacrificios de animales.

En el relato del Éxodo, con ocasión de la promulgación del decálogo (Ex 20,1-17), se adelanta el relato de la organización de las ceremonias religiosas, que tuvo lugar. Posteriormente: el altar y los sacrificios (Ex 22 y ss), mención de los sacerdotes (Ex 19,22), las fiestas (Ex 23,14) y la Casa de Yavé (Ex 23,19).

-La tienda de reunión

A la tienda de reunión se le puede dar ya el nombre de santuario: un lugar santo donde se conservan los objetos sagrados y donde se tributan los actos de culto al Ser Supremo.

La tienda en el desierto será el lugar de reunión en donde Moisés se encontrará con

Yavé "cara a cara" (Ex 33,11). Allí será convocado el pueblo para las comunicaciones importantes, pero ellos no entrarán en la tienda. La presencia de Yavé será a través de una nube que cubrirá el recinto sagrado mientras dure el encuentro de Moisés con el Señor.

La tienda fue construida por orden de Yavé. La descripción es minuciosa en cada elemento: "Harás la Morada con diez tapices de lino fino torzal, de púrpura violeta y escarlata y de carmesí; bordarás en ellos querubines...". Así, detalladamente, se describen el arca, el candelabro, las cortinas, el velo, el altar de los sacrificios y todo el armazón; después los ornamentos.

Moisés motivó al pueblo para colaborar con sus joyas y objetos de plata y oro, con telas finas, pieles y la madera necesaria para la construcción, que no podía ser sino madera de acacia, de acuerdo con las posibilidades del lugar (Ex 25).

La Tienda fue un santuario móvil: se armaba y se plantaba en medio del campamento, que debía estar esmeradamente limpio; al ponerse en marcha el pueblo, un grupo bien organizado de los levitas, se encargaba de desmontar y transportar cada pieza hasta la siguiente parada de la peregrinación del pueblo por el desierto.

Finalmente todo quedó terminado: "Moisés hizo todo conforme a lo que Yavé le había mandado" (Ex 40,16). Entonces Yavé tomó posesión de su casa, "la nube (presencia de Dios) cubrió la Tienda de reunión y la gloria de Yavé llenó la Morada, de manera que Moisés no podía entrar pues la nube moraba sobre ella" (Ex 40,34-35).

-Los sacrificios

"Hizo Moisés el altar de los holocaustos, era de madera de acacia, de cinco codos de largo y cinco de ancho, cuadrado, y de tres codos de alto" (Ex 38,1). El altar será el mueble más usado y venerado en las ceremonias de la Tienda y después, en los diferentes santuarios a lo largo de los siglos.

El ceremonial está minuciosamente detallado en el libro del Levítico. Había sacrificios, especialmente de animales, que se ofrecían como ofrendas voluntarias. Los casos más frecuentes eran sacrificios de alabanza, de acción de gracias, impetratorios y de expiación por los pecados legales o formales.

En los grandes acontecimientos y en las fiestas principales del año, las ofrendas se multiplicaban. El cordero pascual era la ofrenda por excelencia: será la figura de Cristo, el "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo".

Los ministros ordinarios en esos sacrificios eran los sacerdotes; los levitas que no habían sido ordenados, eran solamente ayudantes en las ceremonias.

La relación del pueblo con su Dios a través de los sacrificios, marcó fuertemente la vida religiosa del pueblo de Israel desde el tiempo de su marcha por el desierto, camino de la tierra prometida. Esta será una herencia perdurable en el pueblo de la Alianza.

-El Sacerdocio

El sacerdocio en Israel no comenzó propiamente como una vocación, sino como una

elección tribal, que se continuó por sucesión.

Moisés y Aarón eran descendientes de Levi (Ex 2,1). La tribu de Levi, encargada de las cosas del santuario, recibió la investidura sacerdotal comenzando en la persona de Aarón y de sus hijos: "Manda, había dicho Yavé a Moisés, acercarse a ti en medio de los hijos de Israel, a tu hermano Aarón, con sus hijos, para que ejerza mi sacerdocio" (Ex 28,1).

Ocuparse de las cosas del culto será su oficio y su beneficio. Vivirán del santuario y por eso no tendrán parte en la tierra que Yavé dará a su pueblo al entrar en la tierra prometida, sino que el mismo Yavé será su parte: "Levi no ha tenido parte ni heredad con sus hermanos; Yavé será su heredad, como Yavé, tu Dios, lo dijo" (Dt 10,9; Nm18,20).

Para ejercer el oficio propiamente sacerdotal, fue elegida la casa de Aarón y sus descendientes. Moisés hizo la ceremonia de la ordenación a la entrada de la Tienda de Reunión, en presencia de toda la comunidad de Israel: Yavé-Dios y el pueblo fueron testigos de aquel acto solemne. Los elegidos fueron revestidos con los ornamentos sagrados: la túnica, el manto, el Efod, el pectoral con el Urim y el Tumim, la tiara con la lámina de oro y la diadema. Finalmente Moisés derramó el óleo de la unción sobre la cabeza de Aarón y de sus hijos. Todo fue sellado con un sacrificio: un novillo por el pecado con el que purificó el altar; y después, el carnero del holocausto, para mojar con su sangre el lóbulo de la oreja derecha y el pulgar de la mano y pie derecho de los ordenados sacerdotes. Finalmente participaron de la carne de los sacrificios (Ex 29; Lv 8).

-El becerro de oro

Yavé-Dios había estado grande con su pueblo: le reveló su nombre, lo libró de la esclavitud, lo protegió en el camino del desierto, le dio un gran guía y profeta, a Moisés, ordenó la construcción del Santuario, las ofrendas. Sólo faltaba un código de santidad para vivir gratos a Yavé: la Ley.

Yavé ordenó a Moisés subir a la cima del monte para dictarle los diez mandamientos: camino luminoso para hacer la voluntad de Dios a través de una justa conducta de vida.

Moisés subió a la montaña santa y tardó en bajar. El pueblo se cansó de esperar y cayó en el gran pecado de la idolatría.

La idolatría es el pecado más grave que condenan las Escrituras. La idolatría, como una sombra nefasta, ensombreció la vida del pueblo a lo largo de su historia. En el desierto, al pie del Sinaí, Israel cayó en la tentación de hacerse un becerro de oro como imagen de su dios. Leyendo a distancia este episodio, parece absurdo que el pueblo, después de tantas señales de parte de su Dios, haya caído en el pecado de idolatría.

Aarón, a petición del pueblo: "hizo un molde y fundió un becerro (símbolo divino en Egipto). Entonces ellos exclamaron: este es tu dios Israel...y ofrecieron holocaustos y presentaron sacrificios de comunión" (Ex 32,4-6).

Al bajar Moisés del monte, vio la apostasía del pueblo y lleno de santa cólera dio un

castigo de sangre al pueblo. Los levitas que habían permanecido fieles, respaldaron a Moisés y fueron confirmados en su oficio: "Hoy, les dijo Moisés, os habéis ganado la investidura como sacerdotes de Yavé, a costa de vuestros hijos y vuestros hermanos, para que Él os de hoy la bendición" (Ex 32,29).

-El oficio de los sacerdotes

En general este oficio era en torno a todo lo que se refería al servicio de Yavé en el santuario. Principalmente eran los encargados de los sacrificios.

Moisés, antes de morir, bendice a las tribus de Israel y recuerda a la tribu de Leví sus obligaciones como tribu sacerdotal: "Ellos enseñan tus normas a Jacob y tu Ley a Israel, ponen incienso ante tu rostro y perfecto sacrificio en tu altar" (Dt 33,10).

La enseñanza también era una de las obligaciones de los sacerdotes. Ellos interpretaban el sentido de la Ley y eran jueces para determinar sobre las impurezas legales sobre alimentos, enfermedades y otras contaminaciones.

No se nos han conservado discursos de sacerdotes como los de los profetas. Los profetas instrúan al pueblo con sus constantes oráculos y visiones. Es abundante la literatura profética con todos sus matices. Se puede hablar de un género literario profético. Hubo profetas que ejercieron funciones sacerdotales enseñando al pueblo y ofreciendo sacrificios. Elías lo hizo por orden de su Dios.

Los profetas fueron como la conciencia de los reyes y del pueblo de Israel en su lucha constante contra la idolatría y por la observancia de la Ley. Eran escuchados de buen o mal grado cuando anunciaban, pero eran rechazados y perseguidos a muerte cuando denunciaban los crímenes e injusticias de los poderosos. Juan Bautista anunciaba al Mesías y era respetado, denunció la conducta de Herodes Antipas y fue decapitado; Jesús, el Profeta y Sumo Sacerdote por excelencia, anunció su mensaje de salvación y era seguido por las multitudes, denunció la hipocresía y los vicios de los jefes del pueblo y murió crucificado.

Los sacerdotes ofrecían diariamente el sacrificio de la tarde en expiación por los pecados del pueblo, era el holocausto en el que se consumía totalmente la víctima. En las grandes fiestas, sobre todo en la Pascua, en la que se ofrecían miles de corderos, los levitas que no habían recibido la unción sacerdotal podían ayudar en esta abrumadora tarea. Eran los días en que en toda Jerusalén se sentía el olor a sangre y a carne quemada.

La Biblia menciona casos especiales de laicos que ofrecían algún sacrificio. En tiempo de los Jueces, un hombre llamado Manoaj, de la tribu de Dan, "tomó un cabrito y lo ofreció a Yavé en holocausto sobre la roca" (Jc 13,19).

Se habla también de algunos reyes que ofrecían sacrificios: "David, dice el Libro de Samuel, ofreció holocaustos y sacrificios de comunión en presencia de Yavé" (2 S 6,17).

Quizá sean casos de oferentes, no de sacrificadores.

Los sacerdotes, ordinariamente eran respetados por el pueblo y por los reyes.

En ocasiones fueron un gran apoyo para la causa del rey. En tiempo del rey David, el sacerdote Sadoq apoyó al rey cuando conspiró contra él su hijo Adonías, apoyado él a su vez por el sacerdote Abiatar (1 R 1,24-32). El sacerdote Yehoyadá, salvó la casa real de la impía reina Atalía, que "exterminó toda la estirpe real", se apoderó del reino e introdujo el culto idolátrico de Baal (2 R 11).

3. EL SACERDOCIO EN TIEMPO DE JESUS

El Santuario, los sacrificios, el ritual del culto, las fiestas del pueblo, fueron marcados por variantes según las diferentes épocas en que se desarrollaron.

Se pueden mencionar cinco épocas bien diferenciadas: durante la peregrinación por el desierto hacia la tierra prometida; el establecimiento en Canaán (o época de los jueces); el tiempo de los reyes; después del exilio de Babilonia; y el tiempo de Jesús. Las diferencias mencionadas tienen relación con los países circundantes, o por la invasión extranjera. Sin duda que lo esencial quedó siempre a salvo, aun en medio de las idolatrías impuestas por las naciones dominadoras.

-Roma

La dominación romana marcó fuertemente la vida religiosa en Israel. El general romano Pompeyo, después de difíciles guerras en los países mediterráneos, conquistó fácilmente Jerusalén en el año 63 a.C.

Interesaba a los romanos mantener en paz las regiones ocupadas, valiéndose de las personas más influyentes y respetadas del pueblo. En Israel la figura del sumo sacerdote era sin duda, religiosa y políticamente, una fuerza indiscutible. El nombramiento de este cargo comenzó a corromperse con la intromisión del dominio romano. Los sumos sacerdotes, contemporáneos de Cristo, fueron nombrados por los Procuradores romanos: Valerio Grato nombró a Caifás sumo sacerdote en el año 18 y fue depuesto por Vitelio, poco después de la muerte de Jesús. Más humillante, quizá, fue la intromisión romana en relación con los ornamentos del sumo sacerdote que tenían un significado especial de sentido expiatorio para el pueblo. El procurador romano tenía guardados, bajo custodia, estos ornamentos en la Torre Antonia y solamente con su permiso podían usarse en las grandes solemnidades. Los judíos lucharon tenazmente hasta lograr que el emperador romano Claudio, por un edicto imperial (según Flavio Josefo) devolviera este derecho al pueblo judío. Se narra también que el sumo sacerdote tenía en el Patio de los Gentiles unos puestos para vender animales para los sacrificios. Recordamos la santa ira de Jesús arrojando del recinto del Templo a los vendedores (Jn 2,13-17).

Estos hechos nos hacen comprender mejor la preocupación del Sanedrín frente a la aceptación clamorosa de Jesús por parte del pueblo. Después de la resurrección de Lázaro, algunos testigos presenciales del milagro "fueron donde los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Entonces los sumos sacerdotes (Anás y Caifás) y los fariseos convocaron consejo y decían: ¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales. Si le dejamos que siga así, todos creerán en él; vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y

nuestra nación. Pero uno de ellos, llamado Caifás, que era sumo sacerdote de aquel año, les dijo: vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta que es mejor que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación" (Jn 11,45-50).

Jesús enseñaba con autoridad, pero sus enemigos, cegados por la envidia, trataban de hacerlo quedar mal ante el pueblo y ante las autoridades: ¿Quién era ese predicador venido de Galilea? Nicodemo abogó por él y le respondieron: "¿también tú eres de Galilea? Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta" (Jn 7,52).

Ante las pruebas y seriales palpables que daba Jesús de su misión, opusieron, para desvirtuar sus milagros, la absurda afirmación de que: "Éste no expulsa a los demonios más que por Beelsebul, príncipe de los demonios" (Mt 12,22-24).

Jesús tiene en cuenta a los sacerdotes. Cura a un leproso de su enfermedad, que, según la Ley, debía ser declarado sano por el sacerdote; Jesús dice al hombre curado: "vete, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que prescribió Moisés para que les sirva de testimonio" (Mt 8,4).

Cristo, en sus frecuentes dificultades con las autoridades, entre los cuales debía haber sacerdotes, no los menciona: se dirige a los escribas y fariseos, cuando les hecha en cara su hipocresía, hasta siete veces repite la frase "escribas y fariseos hipócritas" (Mt 23,13-29).

Varios de aquellos sacerdotes no debieron estar contaminados con aquel ambiente político y ambicioso, que esperaba como Mesías a un jefe guerrero que viniera a liberar aparatosamente a Israel de la opresora dominación extranjera. En Jesús descubrieron al profeta esperado, al Ungido de Dios con su mensaje de justicia, de paz y de misericordia, que curaba a los enfermos, daba vida a los muertos y perdonaba a los pecadores. Como Hijo de Dios, como Sumo Sacerdote, como iniciador del verdadero Reino de Dios, no lo descubrieron. El corazón de aquellos sacerdotes, sin embargo, debía estar bien dispuesto para recibir el mensaje de Jesús.

Muchos sacerdotes debieron escuchar a Jesús cuando hablaba en la explanada del Templo y quizá fueron testigos de algunos de sus milagros, de manera que, después de su muerte, se convirtieron cuando escucharon a los Apóstoles y meditaron las Escrituras: "Multitud de sacerdotes, leemos en los Hechos de los Apóstoles, iban aceptando la fe" (Hch 6,7).

La gente del pueblo seguía a Jesús y escuchaba con agrado su mensaje. El evangelista Juan, con frecuencia dice: "muchos creyeron en él" (Jn 2,23; 4,29; 8,30; 10,41,45).

En Jn 12,42 también dice el cuarto evangelio que gente principal creyó en Jesús. Es el caso de Nicodemo, que vino de noche a conversar con Jesús (Jn 3).

4. EL SACERDOCIO DE CRISTO

Cristo apareció en el mundo como hombre. Llegó en la "plenitud de los tiempos". ¿Qué podrá significar esa plenitud? No eran ciertamente tiempos mejores que otros en la historia del pueblo de Israel, ni en el panorama del mundo, pero era el "tiempo de Dios".

La razón que nos da el Evangelio de San Juan, marca la Historia de la Salvación y la historia de la humanidad: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16).

Por Jesucristo, Dios eterno entró en nuestra historia y se hizo presente en un momento de nuestro tiempo y en un lugar de nuestro mundo.

El Mesías, salvador del pueblo elegido por Yavé y, a través de él, de toda la humanidad:

que había sido esperado durante muchos siglos,

que había sido anunciado de muchas maneras por los profetas,

que había sido implorado por muchas generaciones,

llegó finalmente y no hubo lugar para él, "vino a los suyos y no lo recibieron; pero a todos los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios" (Jn 1,11-12).

Era esperado, tal vez, con un anuncio clamoroso, con una recepción magnífica, como se acostumbraba recibir a los reyes; o nacido de una familia conocida y poderosa. Nada de esto hubo en el nacimiento del Mesías esperado. Los grandes valores del Mesías eran de un orden que no aparecía ante las miradas de los seres humanos: era el Hijo de Dios, Sumo Sacerdote, Soberano de un Reino nuevo, Profeta, Maestro y Mediador.

El plan de Salvación

El Plan de Salvación querido por Dios, ha estado en la mente divina por toda la eternidad. En el centro de ese misterio, está Cristo como Santuario, Altar, Víctima y Sacerdote.

-Cristo es el Santuario

Santuario, es un lugar sagrado, santificado por el Espíritu Santo. San Pablo dice a los fieles: "¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el santuario de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el santuario de Dios es sagrado y vosotros sois ese santuario" (1 Co 3,16-17).

Con mayor razón Cristo es el santuario de Dios donde el Espíritu Santo estuvo presente en su plenitud desde el primer instante de su Encarnación.

Jesús fue plenamente consciente de ello cuando desalojó del Templo a los vendedores. Ante el reclamo de los guardianes, Jesús les dice: "Destruid este santuario y en tres días lo levantaré, y hablaba del santuario de su cuerpo" (Jn 2,18-21). Él era un Templo no construido con piedras, sino un Templo espiritual.

-Jesucristo es altar

El ara santa donde se inmola el cordero sin mancha es su propio cuerpo, santificado por el Espíritu.

Cristo es la única víctima que tiene esta prerrogativa: ser altar de su propio sacrificio.

Tan santa es la víctima como el altar donde se inmola.

Ordinariamente se habla de la cruz como el altar donde Cristo consumó su sacrificio.

La Iglesia, en su liturgia, de alguna manera une los dos elementos, diciendo:

"Porque El, Cristo, con la oblación de su cuerpo en la cruz, llevó a plenitud los

sacrificios de la antigua ley, y al ofrecerse a Ti por nuestra salvación quiso ser a un tiempo víctima, sacerdote y altar" (Prefacio de Pascua V).

-Jesucristo es víctima

"Cristo, por el Espíritu Santo, se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios" (Hb 9,14). Porque vino, continúa la carta a los Hebreos, "a purificar de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo".

Podría haber sido de otra manera, pero este fue el plan misterioso de Dios. Hebreos, en otro lugar, presenta la alternativa: "Jesús, el que inicia y consume la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia" (Hb 12,2).

Por eso la muerte en la cruz se considera como "el misterio de los misterios de Jesús" (Card. Martini).

Nosotros lo aceptamos en la fe como un plan de salvación, nacido del amor y de la infinita sabiduría de Dios.

Cristo fue obediente a ese Plan de Dios hasta las últimas consecuencias: "Se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz" (Fp 2,8).

Jesús mismo experimentó de alguna manera esa misteriosa contradicción; lo escuchamos decir: "Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! Padre, glorifica tu Nombre" (Jn 12,27-28).

El sacrificio de Jesús es totalmente diferente a los sacrificios que se ofrecían antiguamente a Yavé-Dios:

_ no son multitud de sacrificios, sino un solo sacrificio: "Una vez para siempre" (Hb 7,27),

_ es una única ofrenda, la del Hijo de Dios: "El sacrificio de sí mismo" (Hb 9,26,)

_ es un único sacrificio, no variedad de animales: "habiendo ofrecido un solo sacrificio" (Hb 10,12).

Es una única ofrenda plenamente satisfactoria, con valor infinito, para borrar los pecados de toda la humanidad.

Corresponde a San Pablo la expresión más fuerte acerca de Cristo-Víctima expiatoria, identificando, de alguna manera, al pecado con la ofrenda inocente: "A quien no conoció pecado, escribe el apóstol, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él" (2 Co 5,21).

—Jesucristo Sacerdote

Jesús nunca se proclamó sacerdote; pero, en la Última Cena, dejó muy clara su misión sacerdotal al celebrar el memorial de su Pasión-Resurrección y al instituir el sacerdocio nuevo, ordenando a sus Apóstoles hacer lo mismo en memoria suya (Lc 22,19).

En la Última Cena, nos encontramos con uno de esos pasajes de la vida de Jesús, a través de los cuales escuchamos las mismísimas palabras de Jesús ("ipsissima vox Iesu"-J.Jeremías), al instituir su sacrificio incruento con su "cuerpo entregado" y su "sangre derramada".

Cristo inauguró un nuevo orden de cosas:

– un sacerdocio nuevo: no por la pertenencia a una tribu por una sucesión hereditaria, sino por una vocación personal,

– una ofrenda nueva: el mismo Cristo entregó su vida; con poder de volverla a tomar, como dueño de la vida (Jn 10,18),

– un efecto nuevo: Cristo, por su sacrificio en la cruz, nos libró del pecado y de la muerte,

– un rito nuevo: el pan y el vino transformados en el cuerpo y en la sangre de Cristo,

– una participación nueva: recibimos un alimento celestial: "su carne es verdadera comida y su sangre verdadera bebida" (Jn 6,55),

– una Nueva Alianza: "Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros" (Lc 22,20),

– un nuevo Pueblo de Dios: unidos a Cristo por el bautismo, formamos el nuevo Israel de Dios, en el cual "ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gal 3,28).

– La Eucaristía

– La Eucaristía encierra todo el misterio de Cristo Sacerdote y Víctima.

El cuarto Evangelio no narra la institución de la Eucaristía, pero en el sermón del Pan de Vida nos muestra a Jesús que nos revela toda la admirable realidad del misterio eucarístico.

No podemos situar con precisión cronológica el momento de la vida de Cristo cuando tuvo lugar el acontecimiento. Jesús se encuentra en Cafarnaum, después de la primera multiplicación de los panes, figura de la Eucaristía. Jesús sabe que ha llegado el momento de revelar el misterio del verdadero Pan de Vida.

Podemos distinguir perfectamente el proceso de la revelación de Jesús y las reacciones de sus oyentes, en cuatro momentos:

Primer momento: el maná que dio Moisés al pueblo en el desierto, no es el verdadero pan del cielo, sino que "es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo" (Jn 6,32). Y en seguida dice Jesús: "Yo soy el pan de la vida".

La reacción de los oyentes es la **murmuración** (el verbo griego dice "cuchicheaban"). Hablaban en voz baja como para que no los oyera Jesús. La razón era porque Cristo les había dicho: "Yo soy el pan que ha bajado del cielo", como un regalo del Padre (Jn 6,41). Jesús advierte la murmuración, sobre todo de algunos que lo conocen y dicen: "¿acaso no es este Jesús, hijo de José y de María?"

Jesús replica con algo todavía más sorprendente.

Segundo momento: "Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar es mi carne para vida del mundo" (Jn 6,51).

Entonces el murmullo se convierte en **discusión** abierta, una fuerte discusión (en griego sería un batirse en duelo; del verbo emajonto, se deriva la palabra májaira=espada). Los interlocutores lo entienden y preguntan: "¿cómo puede éste darnos a comer su carne?". Comer carne humana era una abominación

en Israel. Precisamente eso es lo que dice Jesús, que no da un paso atrás, sino añade:

Tercer momento: "En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros" (Jn 6,53). ¡Esto es el colmo!

Era bien sabido por todos que beber la sangre era un delito castigado con la muerte. Claramente lo dice el Levítico: "Todo el que coma cualquier clase de sangre, será exterminado de su pueblo" (Lv 7,27). Si hubieran estado los fariseos, hubieran rasgado sus vestiduras.

Se produjo lo esperado: **el escándalo**. "Muchos de sus discípulos dijeron: es duro este lenguaje ¿quién puede escucharlo?" (Jn 6,60).

Jesús continuó afirmando que se trataba de una verdadera comida y de una verdadera bebida. El lenguaje se vuelve más crudo; el texto griego usa de aquí en adelante el verbo "trego" (tragar).

El efecto de ese pan es la vida. Y una vida eterna; no como los que comieron el maná en el desierto y murieron. Lo dicho por Jesús quedaba muy claro. Ya no había más alternativa que seguir con Jesús o dejarlo.

Cuarto momento: ya no fue el cuchicheo, ni la discusión acalorada, ni el escándalo, sino **el abandono**. "Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él" (Jn 6,66).

Los Apóstoles quedaron asombrados y contemplando en silencio la escena. Entonces Jesús les pregunta: "¿También vosotros queréis marcharos?"

La respuesta firme, inmediata es de Pedro: "Señor, ¿Dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios" (Jn 6,67-69).

El discurso del Pan de Vida es la gran revelación, hecha por el mismo Cristo, del misterio eucarístico. La Eucaristía ha sido siempre una prueba de fe en la Iglesia.

Este es el gran "asombro eucarístico" (Juan Pablo II) que nos dejó Cristo.

-La Carta a los Hebreos

La Carta a los Hebreos, es la carta magna del sacerdocio de Cristo.

El autor de esta carta exalta el sacerdocio de Cristo, sobre todo otro sacerdocio. La expresión más frecuente es la de Cristo Sumo Sacerdote:

2,17 Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en lo que toca a Dios,

3,1 Sumo Sacerdote y apóstol de nuestra fe,

4,14 Sumo Sacerdote compasivo, que penetró los cielos,

5,5 Sumo Sacerdote, gloria que tiene por la palabra del Padre,

5,10 Sumo Sacerdote a semejanza de Melquisedec,

6,20 Sumo Sacerdote para siempre,

7,26 Sumo Sacerdote santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos,

8,1 Sumo Sacerdote que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos,

9,11 Sumo Sacerdote de los bienes futuros,

10,21 Gran (Sumo) Sacerdote al frente de la casa de Dios. Del Sacerdocio de Cristo todos participamos desde el bautismo.

A Jesucristo no se le da el título de "Sacerdote" en los Evangelios, pero desempeña todas las funciones sacerdotales: es mediador, predicó el mensaje de salvación, curó a los enfermos, perdonó los pecados, e instituyó el sacerdocio y el sacrificio por excelencia de la Nueva Alianza.

5. SACERDOCIO MINISTERIAL, SACERDOCIO COMUN

Ambos son participación del sacerdocio único de Cristo. Sin embargo, en sus especificaciones hay una diferencia esencial. Escuchemos al Magisterio de la Iglesia a través del Concilio Vaticano II°:

"El sacerdocio coman de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no solo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo. El sacerdocio ministerial, por la potestad sagrada, forma y dirige al pueblo sacerdotal, confecciona el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo a Dios" (LG 10).

Los fieles por el bautismo y desde el bautismo, quedan constituidos como "pueblo sacerdotal" y pueden ofrecer sacrificios espirituales, y en unión con Cristo se ofrecen en todas las actividades de su vida. Especialmente nos hacemos solidarios con los sufrimientos de Cristo.

"Ofréceme y ofrécete", decía el señor a Conchita: "este es el fin, la esencia de las Obras de la Cruz: transformarse en sacerdotes, en unión con el sacerdote eterno, ofreciendo al cielo, formando un solo cuerpo con el mío, unos cuerpos crucificados, una sola sangre expiatoria e impetratoria con la mía, como miembros que son del que es su cabeza, Cristo, tu Redentor" (Cc 40,289-290).

El Catecismo de la Iglesia Católica, de manera muy concisa nos dice cómo el Pueblo de Dios participa de las funciones de Cristo como Sacerdote, Profeta y Rey:

"El Pueblo de Dios participa del **oficio sacerdotal** de Cristo en cuanto los bautizados son consagrados por el Espíritu Santo para ofrecer sacrificios espirituales; participa de su **oficio profético** cuando, con el sentido sobrenatural de la fe, se adhiere indefectiblemente a ella, la profundiza y la testimonia; participa en su **función regia** con el servicio, imitando a Jesucristo, quien siendo rey del universo, se hizo siervo de todos, sobre todo de los pobres y de los que sufren" (CCE, compendio N° 155).

Concluimos con una cita del Concilio que describe magistralmente la misión de los presbíteros que continúan la misión de Cristo:

"Los presbíteros, tomados de entre los hombres y constituidos en favor de los hombres en lo que a Dios se refiere para que ofrezcan dones y

sacrificios por los pecados, conviven, como con hermanos, con los otros hombres. Así también el Señor Jesús, Hijo de Dios, enviado por el Padre como hombre a los hombres, habitó entre nosotros y quiso asemejarse en todo a nosotros, a excepción, no obstante, del pecado. A El imitaron ya los santos Apóstoles, y San Pablo, maestro de los gentiles, que fue segregado para el Evangelio de Dios, atestigua haberse hecho todo para todos a fin de salvarlos a todos. Los presbíteros del Nuevo Testamento, por su vocación y ordenación, son en realidad segregados, en cierto modo, en el seno del Pueblo de Dios; pero no para estar separados ni del pueblo mismo ni de hombre alguno, sino para consagrarse totalmente a la obra para la que el Señor los llama. No podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de una vida distinta a la terrena, ni podrían tampoco servir a los hombres si permanecieran ajenos a la vida y condiciones de los mismos" (PO 3).

BIBLIOGRAFIA

Únicamente de obras consultadas:

DICCIONARIO DE TEOLOGIA BIBLICA,

J.B.BAUER; Herder, Barcelona 1967

DICCIONARIO DE TEOLOGÍA BÍBLICA

P.ROSANO, ed. Paulinas, Madrid 1990

A. VANHOYE, Sacerdotes antiguos, Sacerdote Nuevo según el N.T.; ed. Sígueme, Salamanca 1992

A. VANHOYE, Un Sacerdote Diferente, ed. Convivium, Colombia 2011

H. FRIES, Conceptos Fundamentales de Teología, ed. Cristiandad, Madrid 1979

JOACHIM JEREMIAS, Jerusalén en tiempos de Jesús. ed. Cristiandad, Madrid 1977

JOACHIM JEREMIAS, La Última Cena, ed. Cristiandad, Madrid 1980

R. DE VAUX, Instituciones del Antiguo Testamento, ed. Herder, Barcelona 1976

DOCUMENTOS DE LA IGLESIA SOBRE EL SACERDOCIO.